

ARTHUR RIMBAUD (1854-1891)

Sensación

EN las tardes azules iré por los senderos,
Picoteado de espigas, a hollar hierba menuda:
Sentiré, divagando, frescores placenteros
Y bañaré en el viento mi cabeza desnuda.

Yo no pensaré en nada, no hablaré en mi torpeza.
El amor infinito me henchirá todo el ser;
E iré, como un bohemio, por la Naturaleza.
—Feliz cual si conmigo llevase a una mujer.

(*Poésies complètes*, ed. Vanier, 1895.)

Mi bohemia

MARCHABA, los bolsillos había reventado.
También mi chaquetilla se tornaba ideal.
Marchaba bajo el cielo, y a ti, Musa, leal:
¡Oh la lá, los espléndidos amores que he soñado!

Mis pobres pantalones lucían su rotura.
Soñador Pulgarcillo, desgranaba en mi viaje

Rimas. La Osa Mayor mostraba mi hospedaje.
Mis estrellas en lo alto cantaban con dulzura.

¡Y yo las escuchaba, al borde del camino,
En noches de setiembre cuando sentía el vino
De vigor del rocío gotear su bendición,

Cuando rimando en medio de las sombras fantásticas,
Como liras tañía las cintillas elásticas
De mi zapato herido, próximo al corazón!

(Poésies complètes.)

El barco ebrio

CUANDO yo descendía por Ríos impasibles,
Dejaron de guiarme mis buenos sirgadores :
Chillones Pielés-Rojas, como a blancos sensibles,
Los habían saetado en postes de colores.

Poco me preocuparon esas tripulaciones;
Una vez terminadas sus crueles bataholas.
Yo, transporte de trigo flamenco o de algodones
Ingleses, a mi gusto proseguí por las olas.

Corri en el chapoteo de fuertes marejadas,
Aún más imperturbable que cerebros de infantes,
Y las mismas Penínsulas desamarradas
No soportaron nunca vaivenes más triunfantes.

La tempestad bendijo mi despertar marino.
Más liviano que un corcho, sobre el agua agitada
Diez noches he bailado en revuelto destino
Sin recordar los faros de estúpida mirada.

Grata como a los niños la manzana jugosa.
Penetró el agua verde en mi casco de pino
Y, arrastrando el arpeo y el timón, presurosa
Lavó manchas y vómitos azulosos de vino.

¡Me bañé, desde entonces, en el vasto poema
Del mar, del mar infuso de astros y lactescente.
Donde en azules verdes, a veces, la suprema
Sombra de algún ahogado se hunde, pálidamente:

Donde tiñendo, raudos, los fondos azulinos,
Delirios, ritmos lentos bajo el diurno fulgor,
Más vastos que las líras y más fuerte que finos
Alcoholes se fermentan las pecas del amor!

Yo conozco los cielos que estallan, sé las lomas
Acuosas, las resacas, las trombas; sé la tarde.
Toda el alba exaltada cual pueblo de palomas,
Y he visto lo que el hombre sospecha en vano alarde.

He visto el sol manchado de místicos horrores.
Iluminando larga coagulación violeta,
De dramas muy antiguos al parecer actores.
Contemplé los oleajes de lontananza inquieta.

He soñado con besos en ojos de los mares,
He soñado la noche verde con resplandores
Niveos, el fluir de savias, los bruscos despertares
Azules y amarillos de fósforos cantores.

Mes tras mes he seguido, igual que a vaquerías
Histéricas, las olas en su asalto pujante,
Sin pensar que en su marcha fulgente las Marias
Llevasen del hocico al Océano jadeante.

¿Sabéis? he descubierto increíbles Floridas:
Los ojos de panteras son flores entre humanas
Epidermis, los iris se tienden como bridas,
Bajo el cielo marino, a glaucas caravanas.

¡He visto fermentando los pantanos enormes.
Cestas en cuyos juncos se pudre un Leviathán:
En medio de las calmas cataclismos informes.
Lejanas cataratas que a los abismos van!

¡Cielos de brasa, heleros. oleaje nacarado,
Restos de encalladuras en los golfos brumosos
Donde el pie de los árboles de ramaje enroscado
Ruedan grandes serpientes de aromas tenebrosos!

¡Oh yo hubiese mostrado a un niño esas doradas
De la gran ola azul, esos peces cantantes!
Yo floreí de espumas al partir de las radas
Y, en vientos inefables, tuve alas por instantes.

Mártir, algunas veces, de zonas fatigosas,
El mar cuyo sollozo suavizaba mi arfada.
Me aplicaba sus flores de amarillas ventosas:
Y quedaba como una mujer arrodillada.

Península que mece en sus bordes querellas
De aves estrepitosas con ojuelos dorados,
Fuí a pique: entre mis cuerdas, sumidos tras mis huellas,
A dormir descendían, de espalda, los ahogados...

¡Y yo, barco enredado entre las cabelleras
Profundas, en el éter sin pájaros perdido,
Yo, esqueleto embriagado que hanseáticas veleras
Nunca hubiesen pescado, con desdeñoso olvido.

Yo que flotaba loco, con los flancos cubiertos
De lúnulas eléctricas e hipocampos crinudos,
Cuando cálidos Julios volcaban los abiertos
Cielos ultramarinos en ardientes embudos.

Yo que trémulo oía el mugir encelado
De Behemots y de Malstroms, retumbantes tifones.
Perenne navegante de un azul serenado,
Cómo añoro la Europa de viejos malecones!

Yo vi los archipiélagos siderales, las islas
Con sus cielos abiertos a todo bogador:
¿Es allí donde duermes, allí donde te aislas.
Aureo millón de pájaros, oh futuro Vigor?

Sí, ya he llorado mucho. Las albas son dolientes.
Atroz es toda luna, triste la luz solar.
Ya el amor me ha colmado de torpezas fervientes.
¡Oh, que mi quilla estalle! ¡Oh, que me arrastre el mar!

Yo deseo de Europa la oscura lagunita
Donde, al caer la tarde que se muere olorosa,
Suelta un niño en cuclillas, con tristeza infinita.
Un barquichuelo frágil como una mariposa.

¡Ya no es posible, oh baño de olas, como antes
Adelantarse a otros transportes de algodones,
Ni cruzar el orgullo de enseñas tremolantes,
Ni nadar bajo el duro mirar de los pontones!

(Poésies complètes.)